

¿Dos tradiciones en el paganismo romano del siglo IV?

PÉREZ MEDINA, María
Universidad de Granada

Abstract

Our purpose in this concise analysis is to discourse in detail on the possible existence of two traditions in the fourth century Roman Paganism. Accepted the insufficiency of the epigraphy *per se* to confirm this hypothesis, we'll try a more direct approximation to this problem examining the positions of its more important protagonists.

En estas breves reflexiones, que no son sino producto inicial de las investigaciones a las cuales nos estamos enfrentando en el curso de la realización de nuestra tesis doctoral centrada en el conflicto pagano-cristiano de fines del siglo IV e inicios del siglo V, trataremos de examinar la idea propuesta en 1915 por Robinson y posteriormente desarrollada por Bloch, acerca de la posible existencia de dos tradiciones en el paganismo romano de fines del siglo IV: una oriental, que estos autores consideran como la más activa en la reacción y otra tradicional, más comprometida políticamente y por lo mismo, más cauta en su actuación. Para confirmar esta hipótesis, partiremos de un presupuesto inicial: tratar de vislumbrar las creencias personales en materia religiosa del orador Símaco, que sería a juicio de quienes defienden estas ideas, quien encabezaría ese grupo apegado al tradicionalismo. Recordemos que Bloch¹ estimaba esta diferenciación como básica para conocer los propósitos de los líderes del Renacimiento Pagano.

Comencemos con unas breves consideraciones sobre los cultos orientales. Mientras el culto de los dioses tradicionales de Roma se concebía como un deber cívico, los cultos orientales se muestran como la expresión de una fe personal. Resultaron ser los más peligrosos para el cristianismo que, por ello, dirige su ataque contra éstos especialmente, pues había percibido ya que la religión tradicional no debía ser entendida como peligrosa, al no poder satisfacer necesidades espirituales, estando básicamente ligada a intereses materiales. Recordemos además, que ya en época de Cicerón,

1. D.N. ROBINSON: "An analysis of the pagan revival of the late fourth Century with special reference to Symmachus". TAPA 46 1915 pp. 87-101. Cfr. H. BLOCH: pp. 207-232 en Momigliano: *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*; idem: "A new document of the last pagan revival in the West, 393-394 A.D.". HTR 38, 1945, pp. 199-244.

reinó una atmósfera intelectualista y racionalista que hizo desarrollar en las personas cultas un elevado grado de escepticismo respecto a su creencia en la religión tradicional: encontrábamos al propio Séneca afirmando que el respeto a la misma se daba más por costumbre que por auténtica convicción. Aparece pues, ya en el siglo I. a.C., una etapa de crisis de la cultura, tal como se había concebido hasta ese momento, etapa que culmina en el siglo II d.C.

En este ambiente de escepticismo, comienzan a llegar a Roma las religiones orientales que se irán asentando conforme vayan surgiendo unas inquietudes espirituales íntimas, sentidas cada vez con mayor fuerza. Así, Cumont² explica las causas de la aceptación en Roma de estas religiones por necesidades morales, aunque no olvidemos que el mismo Juliano y otros emperadores antes que él, propiciaron también este sincretismo por imperativos políticos. Sin embargo, estas nuevas religiones, definidas por el común denominador de “orientales”, hacían desaparecer el carácter étnico que había mantenido la religión tradicional y que podemos fácilmente comprender como contrario al mismo Imperio. Por otro lado, la democratización que éstas implicaban en materia religiosa, elimina las diferenciaciones de una sociedad aristocrática.

La adopción y sincretismo de estas religiones es facilitada por la filosofía, a la que habíamos descubierto, en este momento de crisis de pensamiento, subordinada a una verdad revelada. De este modo, hallamos al Neoplatonismo empeñado en el intento de adaptar a estas nuevas creencias, la religión romana tradicional. Puesto de este modo, al servicio de la política imperial (Juliano) e incluso de la aristocracia pagana de Roma. Así, como afirma Cumont, esforzándose por mantener la tradición, se había llegado a transformar su contenido. Incluso, este autor encuentra la teología pagana elaborada por el Neoplatonismo —a través de las influencias orientales— “mucho más alejada del culto tradicional que del cristianismo al que combate”.

En realidad, los cultos orientales tenían muy escasos puntos en común con la religión itálica. Pero la realización de este sincretismo resultaba esencial tanto políticamente —para asegurar la misión imperialista— como por la necesidad de elaborar una teología que actuara como fuerza de choque frente a un cristianismo en expansión. Era el único modo de salvaguardar el paganismo tradicional. De esta manera, la *Relatio* III de Símaco se nos muestra como un impresionante documento en defensa del *mos maiorum*. Tradición que se presenta reclinada sobre la ideología neoplatónica de Porfirio, que concibe vías diferentes para llegar al UNO. Esta admisión en Símaco de un único Dios, del cual los demás son emanaciones, nos hace percibir fácilmente la asunción en este grupo, a veces denominado como “tradicional”, de la ideología neoplatónica, de claras influencias orientales. Es, desde este punto de vista, como aceptamos la idea que sostiene Cumont acerca de la transformación de la religión tradicional.

¿En qué se basa pues esta tradición de dos grupos en el seno del paganismo de

2. F. CUMONT: *Las religiones orientales y el paganismo romano*. Madrid 1987.

fin del siglo IV? Surge de la diferenciación que autores como Bloch han tratado de encontrar en estos líderes paganos. Y, aún siendo cierta, lo que trataremos de probar, “sólo tendría una utilidad histórica si se prueba su importancia entre los paganos”.³

Bloch (op.cit.n.1) se apoyaba sobre todo en la evidencia epigráfica y, para el caso de Virio Nicomaco Flaviano, al que colocó en la tradición orientalizante junto a Pretextato, al no haber datos epigráficos concluyentes, se apoya en el *Carmen contra Paganos*. Pero esta suposición de Bloch ha sido sometida a fuertes críticas:

- La evidencia epigráfica no es suficiente *per se* (Matthews y Cracco Ruggini).
- El *Carmen contra Paganos* ha sido interpretado por L. Cracco Ruggini⁴ como contra Pretextato, con lo cual destruiríamos la aserción anterior de Bloch sobre Flaviano.

Los datos epigráficos provienen del Phrygianum del Vaticano y partiendo de los mismos, se ha tratado de descubrir la existencia de un grupo de senadores poco activos políticamente pero iniciados en los cultos orientales.

En el Phrygianum se adoraba a Magna Mater entre otros dioses orientales y por el proceso de sincretismo, su culto llegó a retomar la ceremonia del taurobolium. Matthews afirma que la adopción de este rito de iniciación, sin una aplicación pública, no se dió antes de fines del siglo III, considerando muy difícil definir las relaciones entre el más temprano culto público de Magna Mater y su posterior desarrollo en un rito de iniciación personal. Es decir, encuentra muy difícil diferenciar en este culto el aspecto privado del público.

En realidad, lo que intuimos a partir de estas inscripciones ---comprendidas entre los años 370-390⁵--- es la existencia de un gran número de devotos en los rituales, públicos y/o privados de los cultos orientales. Sometiéndose al taurobolium se pretendía un renacimiento, temporal o eterno del alma, que el iniciado tendría que repetir cada veinte años.

Como ya hemos señalado, la teología pagana ha llegado a un sincretismo tal, que auna la religión tradicional con aquellas de índole o naturaleza mística o de salvación, así como también con el Mitrismo, del que tomó la ceremonia del taurobolium, respecto al cual y frente a Bultmann, R. Turcan⁶ vuelve a afirmar su carácter de

3. J.F. MATTHEWS: “Symmachus and the oriental cults”. *JRS* 63 1973, pp. 175-195.

4. L.C. RUGGINI: *Il paganesimo romano tra religione e politica: 384-394 d.C. Per una interpretazione del 'Carmen contra Paganos'*. Roma 1979.

5. M. GUARDUCCI: “L'Interruzione dei culti nel Phrygianum del Vaticano durante il IV secolo d.C.”. *La soteriologia dei culti orientali nell'Impero Romano*. Leiden 1982 pp. 109-122. En este artículo, la autora examina una interrupción de veintiocho años en la vida religiosa del *Phrygianum*, intervalo que situa entre los años 321 y 326, coincidiendo con el inicio y terminación de la construcción de la basilica de San Pedro. Ambas fechas concurren con dos *Vicennalia* de Constantino; el final del intervalo se sitúa en el 350, justo cuando aparece un nuevo ara (CIL VI, 498). Guarducci hace coincidir este hecho con el usurpador Majencio, tras un período de intolerancia hacia los cultos orientales bajo el reinado de Constante. Tras Majencio, Constancio II mostrará mayor tolerancia, fenómeno que se prolongará prácticamente hasta el 390.

6. R. TURCAN: “Salut mithraïque et soteriologie néoplatonicienne”. *La soteriologia dei culti orientali...* Leiden 1982 pp. 173-191.

religión de salvación, aunque eso sí, señalando que la salvación prometida por el Mitraísmo originario no implicaba el dualismo hombre-materia que descubriremos posteriormente en la teología elaborada por el Neoplatonismo. Por tanto, el paganismo del siglo IV no tiene nada de intrínsecamente mitráico. El mismo Aureliano, que introdujo como oficial en Roma el culto a Mitra, y especialmente Juliano, con su labor filosófica de carácter neoplatónico, han asegurado este sincretismo que en ese proceso de fusión, conlleva una transformación de las distintas religiones, necesaria para la supervivencia. No es pues el Mitraísmo, sino la soteriología neoplatónica, la que domina a fines del siglo IV.

Pero volvamos a nuestro tema y examinemos qué sucede con Símaco. Bloch aseguraba que a diferencia de Pretextato y V.N.Flaviano, nuestro orador no habría mostrado ningún interés por los cultos orientales en base a su austera y exclusiva lealtad al paganismo romano tradicional. Por lo cual, aún habiendo actuado como portavoz del Senado en el 384 —asumiendo con ello el papel de paladín de la religión antigua— no participaría en los movimientos de renacimiento pagano, que el autor considera centrados en los cultos orientales.

Frente a ésto, Matthews se cuestiona seriamente el hecho de que se pueda afirmar que esta tradición no tuviera interés en los cultos orientales. Argumenta que las fuentes de que disponemos (epigrafía, cartas de Símaco, etc.), son inadecuadas por su naturaleza, para proporcionarnos este tipo de información.

La única referencia, suministrada por el mismo Símaco, a un culto oriental, hace alusión a Magna Mater, que por otro lado, resulta ser además un culto público. Proviene de una carta dirigida a Flaviano que deja Roma durante su festival, lo que contraría a Símaco (*Epist.* II, 34). Otro dato, procede de Prudencio (*C.Symm.* I, 624-630) que lo presenta como un devoto de religiones orientales, aunque ésto es indemostrable para nosotros.

Hemos de tener en cuenta así mismo, las dudas que mantienen ciertos autores como L.C. Ruggini, acerca del carácter oriental del renacimiento pagano del 394 (Júpiter, Hércules, disciplina augural etrusca: oráculo. Todos los cuales son sin duda elementos extraños a los cultos orientales); con respecto a la revuelta anterior de Máximo, tampoco hay datos que nos indiquen de una manera categórica, la presencia de elementos pertenecientes a una tradición determinada —oriental— en los paganos sublevados.

En este momento, podríamos señalar una participación de Símaco que elaboró un panegírico en honor de Máximo. Por último, debemos recordar que Manganaro⁷ rechaza la naturaleza oriental del breve renacimiento pagano del 408-409, encontrando sólo un resurgir de ritos etruscos inmersos en la tradición antigua.

Al igual que Matthews, Ruggini considera insuficiente el testimonio epigráfico a la hora de utilizarlo como elemento base para la diferenciación de estas dos corrientes, afirmando que muchos senadores pudieron haber sido devotos de cultos orientales en

7. MANGANARO: *La reazioni pagana*. esp. pp. 218 ss.

su intimidad, aunque habrían tenido más cuidado en disimularlo, por tratarse del ala más tradicional, o mejor dicho, de la más empeñada en la carrera política, lo cual les llevaría a rechazar externamente, en el ámbito religioso, innovaciones disidentes con la tradición. De este modo, la autora sostiene que, tanto Símaco como Flaviano, realizan una escrupulosa observancia de las ceremonias religiosas, que en estos momentos cubren la actividad oficial de los senadores paganos en Roma. Ambos muestran el mismo interés en el paganismo como religión tradicional y del mismo modo, son hombres comprometidos políticamente.

Opina pues Ruggini, y en ésto coincidimos plenamente con ella, que, aún habiendo existido un ala más tradicional, no habría sido oportuno para ella diferenciarse de la oriental, única que proporcionaba una respuesta a las exigencias religiosas y, antes que separarse, se habrían unido en momentos difíciles. Así, señala en esta época:

1. Espíritu de tolerancia en la convivencia de todas las religiones, comprendido el cristianismo.

2. Culto a la tradición, no tanto en el plano religioso, sino en el político, militar, literario, institucional ...

Llega incluso a afirmar que la acentuación a fines del siglo IV de los cultos tradicionales puede ser una respuesta a la crítica cristiana sobre el carácter extranjero del paganismo degenerado.

¿Cuáles son nuestras conclusiones, a este respecto, analizados ya los datos existentes hasta ahora?

A. No podemos negar, de la no existencia en el Phrygianum de una inscripción con el nombre de nuestro orador, o incluso de la no existencia de otro tipo de testimonios epigráficos, la posibilidad de que Símaco estuviera, de algún modo, comprometido en los cultos orientales. Por otro lado, respecto a su participación en los movimientos paganos, constatamos los siguientes hechos:

1. Fue el portavoz del Senado en el 384.

2. Se vió comprometido con el usurpador Máximo.

3. Con respecto a Eugenio, no le encontramos directamente implicado, pero sí tenemos testimonio de:

—la *quaestura* de su hijo en Junio, correspondiendo casi sin duda, con los *quaestores* aceptados por el usurpador.⁸

—la posibilidad, apuntada por H. Bloch, de que Memio suprimiera, antes de publicarlas, algunas cartas del padre que podrían haber complicado a la familia en los sucesos del 393-394. A lo que debemos añadir su posible implicación con cultos orientales en el 393.

8. B. CROKE y J. HARRIES: *Religious conflict in fourth century Rome: a documentary study*. Sindney 1982. También, a este respecto, encontramos otros testimonios acerca de la posible participación de la familia de los Simaco al lado de Eugenio: 1.- Las *Saturnalia*, en parte cuestionable; 2.- La *quaestura* de Memio, recibida en junio del 394, en vez de en enero. Sobre este nombramiento, cfr. A. CHASTAG-NOL: "Le Senat dans l'ouvre de Symmaque". *Colloque genevois sur symmaque*. Paris 1986 pp. 73-96, quien liga al hijo de Simaco con los cuestores aceptados por Eugenio.

—su estrecha amistad y parentesco con el líder de esta reacción del 394, V.N. Flaviano.

Por todo lo cual, podemos intuir que, si se mantuvo un tanto al margen, sería en base fundamentalmente a los problemas que pudo haberle comportado su actuación respecto a Máximo (sabemos que obtuvo el perdón del emperador gracias a la intervención de un obispo en cuya iglesia buscó refugio). Quizá esta experiencia fue suficiente para él.

B. Respecto a V.N. Flaviano, queda pues excluida, por la carencia de testimonios, sobre todo tras la identificación de Ruggini del prefecto condenado en el *Carmen contra Paganos* con Pretextato (op. cit. n.4), la hipótesis de Bloch acerca de su pertenencia a la tradición oriental.

Así mismo, este senador se nos muestra, al igual que Símaco, intensamente activo en la vida política. La misma Ruggini nos confirma su apego a la religión tradicional, manifestado sobre todo en los elementos no orientales, entre ellos el oráculo, presentes en la lucha de Eugenio contra Teodosio, los cuales se encuadran en la más antigua tradición itálica. Constatamos por otro lado, que no le vemos participar en la insurrección de Máximo, lo que hasta cierto punto, se puede explicar por su alejamiento en estos momentos de la vida pública.

C. Sobre los *Caeionii*, calificados como pertenecientes al grupo oriental por Bloch, y de los que Chastagnol confirma su ligazón con los cultos orientales,⁹ creemos que de ellos poco es lo que se puede deducir tanto a favor como en contra de su participación en los momentos de renacimiento pagano, básicamente por la carencia de datos.

D. Y llegamos a la figura carismática del paganismo de fines del siglo IV, a Pretextato. Ciertamente, sobre él sí tenemos testimonios abundantes que nos informan de sus iniciaciones en diversos cultos orientales. Pero se trata de una figura que desaparece a fines del 384 y, por tanto, de cuya posible participación nada podemos deducir. Aunque, lo que de ningún modo se puede negar, es su enorme significado y trascendencia en el paganismo de esta época, así como el profundo vacío causado por su muerte.

Con respecto a su actividad política, son muy abundantes los testimonios que nos lo presentan como político activo y no sólo con Juliano, ya que le hallamos ocupando la prefectura del pretorio de Italia (Valentiniano II y Teodosio) en el 383-384.

Ruggini, reconoce en él un respeto por la tradición, en el sentido de la doctrina neoplatónica que vemos reflejada en las Saturnalia: *hén tó pân* (I,17,4).

Es evidente que ocupó gran número de cargos sacerdotales y se le reconoce en las *Saturnalia* como el que entre todos, posee un conocimiento mayor en temas sagrados

9. A. CHASTAGNOL: "Le senateur Volusien et la conversion d'une famille de l'aristocratie romaine au Bas-Empire". *REA* 58 1956 pp. 241-253.

(I,7,17 ss).¹⁰ Pero como constatamos de los datos anteriores, tampoco podemos negar su actividad política, pese a su ingente labor religiosa.

E. Respecto a los senadores que aparecen en las inscripciones del Phrygianum, coincidimos con Matthews al señalar que el hecho de que muchos de ellos no estuvieran comprometidos en la vida política, sólo reflejaría un aspecto de la realidad del momento en cuanto a las relaciones Senado-Emperador.

Pasemos por último a analizar qué se puede deducir de la *Relatio* III. Como documento oficial, público, no tiene por qué hacer ningún tipo de mención sobre las creencias religiosas personales de su autor. Señalamos ya nuestro parecer acerca de la asunción por parte de Símaco de la doctrina neoplatónica porfiriana, que nos reafirma en la idea de la admisión de ese sincretismo religioso que la misma comportaba. En base a lo cual, consideramos a Símaco imbuido en la ideología de la época. Admitimos que realmente nos es difícil imaginarnos la existencia de un grupo tradicional ajeno por completo a las necesidades espirituales del resto de los mortales. Mucho más cuando, como hemos podido observar, desde bastante tiempo atrás, el paganismo romano no satisfacía ya a nadie, ni tan siquiera respondía por entonces a los presupuestos políticos del Imperio, estando realmente necesitado de ese sincretismo, sin el cual, de hecho, habría quedado, irremediablemente, condenado a muerte.

La tolerancia manifiesta en la *Relatio* III es necesaria dada la situación del momento en que se encuadra. Sin embargo, como ya argumentos anteriormente y bien supo vislumbrar Ambrosio, ese UNO al que en ella alude su autor, no es el mismo para paganos y para cristianos. El mismo obispo recuerda a Valentiniano II (*Epist.* XXI) que paganos, hebreos y arrianos coinciden en reconocer a Cristo una única naturaleza humana. Pensemos que la interpretación que nos expone el orador en dicha declaración, puede ser atribuida a un auténtico desconocimiento de la doctrina cristiana ortodoxa quizá por el equívoco que puede haber sido creado en algunos de estos paganos por los judíos y arrianos. Por el contrario, encontramos a otros miembros paganos del Senado manteniendo correspondencia con Ambrosio, en el deseo de conocer el cristianismo y de aclarar dudas.

De cualquier forma, descubrimos a estas religiones tan dispares unidas entre sí en lucha común contra el cristianismo ortodoxo, contemplando como el primer escollo a destruir, sin duda, por su carácter intolerante con respecto a las otras religiones. Ciertamente, resultaba el enemigo más peligroso para el paganismo moribundo.

En la *Relatio* III, sólo se habla de tradición, sólo se solicita respeto para la tradición itálica. Pero observamos, de fondo, una ideología religiosa nueva, que realmente ha transformado esta tradición en su contenido. ¿Qué es pues lo que realmente se intenta preservar? Pensamos que se trata de la FORMA religiosa tradicional; nos basamos en lo siguiente:

1. Se pedía respeto para el paganismo apoyándose sobre todo en la tradición. Sólo podían argumentarse los dioses itálicos, no los nuevos, extranjeros.
2. Eran realmente estos dioses itálicos los que conformaban los cimientos de la sociedad aristocrática —frente a la mayor democratización religiosa ofrecida por los

orientales— y sobre los cuales se apoyaba todo su prestigio socio-político en base al mantenimiento de su oficialidad. Idea que nos queda confirmada por el hecho de que, por ejemplo, los cultos orientales no necesitaron que el Estado los subvencionase.

Debemos recordar la breve reacción que suscitaron las medidas del 391-392, mucho más intransigentes en cuanto a cultos que las de Graciano del 382, frente a las que, sin embargo, mostrarán una oposición más tenaz. Al parecer, las medidas de Teodosio tuvieron escasa aplicación, lo cual es un elemento más que nos incita a percibir las reacciones posteriores como realizadas con el deseo de anular las medidas del 382.¹¹ Así, contemplamos con motivo del *Sacco* de Alarico, la reanudación de un nuevo intento de celebrar públicamente los cultos tradicionales.¹²

Partiendo de todo lo cual, deducimos que la *Reacción* (término que consideramos más adecuado que el de Renacimiento) *Pagana* se dirigió a la defensa de la religión itálica antigua, única capaz de preservar el *modus vivendi* tradicional de la aristocracia senatorial. Sin embargo, para asegurar su protección, esta religión debía asumir, consciente o inconscientemente, el sincretismo ya que, de no haberlo hecho, habría resultado incoherente incluso con la esencia misma del Imperio.¹³ Estimamos que lo único que se podía tratar de defender de esta religión, lo único que interesaría realmente salvaguardar de ella, era su base de diferenciación social, gestadora de la sociedad aristocrática, y cuya supervivencia la estimamos inexorablemente ligada al mantenimiento del carácter oficial de estos cultos.¹⁴

10. *Saturnalia* I, 7, 17: *sacrarum omnium unīque conscius*; I, 24, 1: *ad firmantes hunc esse unum arcanae deprum naturae consciūm*.

11. M. Guarducci (op. cit. n.5). Recordemos que la autora señalaba una interrupción en la dedicatoria de altares en el *Phrygianum* tras el 390, fecha del último altar taurobólico que nos ha llegado. Aunque, de cualquier forma, lo que contemplamos en la *Epist.* LVII de Ambrosio al usurpador Eugenio, nos hace pensar en la reiterada petición por parte de estos paganos, de las subvenciones estatales para los cultos tradicionales. Nada se menciona aquí sobre cultos orientales, que sin embargo, resultaban sin duda, mucho más peligrosos para el cristianismo.

12. Entendemos que los distintos momentos de reacción escalonados entre el 384 y el 410, son causados por el deseo de conseguir de nuevo la oficialidad de los cultos itálicos tradicionales.

13. La religión tradicional respondía a un *ethnos*, a un pueblo, no a un Imperio.

14. M. SORDI: *I. cristiani e l'Impero Romano*. Milán 1984. La autora señala, frente al avance de los cultos orientales en el siglo II d.C. —entre los que se encuentra también el cristianismo—, un resurgir del nacionalismo greco-latino. En este sentido, entiende la disciplina etrusca como último baluarte del paganismo, convirtiendo en un conflicto étnico la resistencia pagana desde Juliano hasta Zósimo. Este carácter étnico resulta sin duda, contradictorio con la esencia política de la misma Roma.